

EL MÁXIMO filósofo

Por ALEXIS JARDINES

Escribo sobre un hombre llamado «Máximo» y que, para más señas, era filósofo, pero también sobre el punto más alto que ha alcanzado el pensamiento filosófico cubano desde el padre Varela (incluido) hasta nuestros días. Fuera de Cuba prevalece la tendencia que, en tal sentido, se pronuncia por Humberto Piñera (1911-1986).

Tampoco se trata de una competencia: Piñera es nuestro más grande y talentoso organizador institucional de la filosofía y, al propio tiempo, nuestro más prolífico filósofo. Sin embargo, el más penetrante pensador, el más agudo talento especulativo es, sin duda, «el *terrible enfant* de la generación de los cuarenta del siglo XX: Máximo Castro Turbiano (1898-1990). De más está decir que, dentro de Cuba, no se conoce a este filósofo y, bastante poco, a Humberto Piñera Llera.

La devaluación del pensamiento metafísico es el logro más notable del positivismo cubano que, metamorfoseado en marxismo —otrora soviético, hoy occidental y postmoderno— la extendió, posteriormente, a todo el pensamiento filosófico. No hay que olvidar que la negación y/o muerte de la metafísica, junto a la apelación a los «hechos» como criterio científicamente legitimatorio, son los pilares de toda ideología positivista.

Así, pues, nos acercamos a la figura de un filósofo, especie bastante rara en la fauna intelectual cubana. A mi entender, hay tres tipos de filósofos: los socráticos, que solo saben que no saben nada; los que solo saben de filosofía y; el resto, que incluye a aquellos que ignoran su desconocimiento y también a los que creen saberlo todo. El segundo tipo es al que puede pertenecer Máximo Castro, porque son los filósofos verdaderos, los que no se andan por las ramas ni confunden la filosofía con la retórica (verborrea, metatranca, etc.).

Es la epistemología el tronco de la filosofía. Y sin un pensamiento epistemológicamente estructurado nada hay que pueda llamarse en rigor «filosófico». Así veía las cosas Máximo Castro y así la han visto hasta hoy los más grandes filósofos de la historia. Mas, sería interesante saber cómo lo veían a él mismo sus contemporáneos.

I
De lo que llama la «generación de jóvenes filósofos cubanos», Waldo Ross distingue, en primerísimo lugar —y con el siguiente orden— a: Humberto Piñera Llera, Máximo Castro Turbiano, Pedro Vicente Aja, Dionisio de Lara Minguez. Estas cuatro figuras las considera *individualidades*, dentro de un grupo que llama de «pensadores eclécticos». Le siguen, ya en segundo plano, Justo Nicola, Rafael García Bárcena, José María Velázquez Portuondo, Emilio Fernández Camus, Raúl Roa y Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro.

Estos dos últimos ya «...retirados del escenario filosófico de Cuba». Dentro de lo que sería el «grupo de pensadores católicos» (la «neoescolástica») se destacan Ignacio Lazaga, Rosaura García Tudurí y Mercedes García Tudurí.

Máximo Castro, quien fue ya mencionado como *individualidad*, recibe un tratamiento con distinción y es considerado como «el más riguroso de nuestros pensadores de entonces».

Humberto Piñera lo caracteriza como sigue: «Asiduo y metódico cultivador del kantismo es Máximo Castro Turbiano (1907), espíritu sereno y reflexivo...». Pero es una vez más Waldo Ross quien nos proporciona la información más valiosa: «...inclinado hacia cuestiones lógicas y epistemológicas es, sin duda, el pensador cubano más riguroso y analítico en la hora actual. Ha escrito un volumen titulado *Estudios filosóficos* (1953) que contiene investigaciones de notable profundidad». En Cuba escribió otro libro, sobre las posibilidades de la metafísica, cuya ubicación se desconoce. Pero puede adivinarse, por lo poco que sé de él, que es tan sugestivo —e, incluso, más importante tanto para el filósofo como para el historiador de las ideas— que el que se ha conservado.



II

Exponer en tan poco espacio la concepción filosófica de esta destacada figura de la historia intelectual cubana es imposible. Dos son las razones fundamentales que avalan el juicio anterior.

En primer lugar, no está disponible el texto último y más elaborado del autor, que facilitaría, sin duda, cualquier intento de resumen debido al carácter definitorio de las ideas en juego; en segundo lugar, el material asequible se resiste a ser drásticamente condensado debido al grado de complejidad y al profundo dominio que exhibe el filósofo en cada caso.

En mi libro *Filosofía cubana in nuce. Ensayo de historia intelectual* (Madrid, 2005) he intentado una exposición de la filosofía de Máximo Castro sobre la base del material existente. Aquí baste decir que Castro Turbiano —tal y como es propio de los verdaderos filósofos— alcanzó a desarrollar su propia concepción de la historia de la filosofía, pero también supo estructurar una epistemología y un esbozo de sistema.

Su fuerte fue, sin duda, la epistemología, que dominaba tanto en su versión analítica como en la continental. Su filósofo máspreciado —y quien dejó en él la huella más profunda— fue el pensador de Königsberg. Por eso figura Máximo Castro como nuestro primer filósofo analítico, pero, también como nuestro primer filósofo de corte trascendental (Perojo excluido) y el más profundo conocedor de la tradición que va de Descartes a Husserl, pasando por Immanuel Kant.

El alcance y actualidad de su pensamiento el lector los podrá deducir del rumbo posterior tomado por la filosofía. Destacaré a continuación solo algunas coincidencias. En lo que toca a las posibilidades postmetafísicas de la filosofía adelantó a Habermas.

El inferencialismo de Robert Brandom, —como la más reciente versión de la filosofía analítica del lenguaje— algo le debe al cubano que, en los años 40 del siglo pasado, ya tenía elaborada toda una teoría inferencialista en la que había trabajado por más de 10 años.

Pero quizás al lector cubano le resulte más familiar el tercer y último ejemplo. Tanto la filosofía como las ciencias — particularmente, la física— eran atalayadas por Máximo Castro desde una plataforma epistemológica, de modo que también parece sorprendernos con una especie de premonición de la idea central de la célebre obra de Thomas Kuhn.

Se sabe que *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) está dirigida contra la interpretación lineal de la historia de la ciencia, que hace de esta última un fenómeno *acumulativo* donde se desvaloriza el papel de las revoluciones. Máximo Castro — para solo citar un ejemplo— sustentaba ya en 1946 (año en que escribió el texto, que pudo ver la luz en 1948) el doble carácter de este proceso histórico, promoviendo la idea de una etapa *evolutiva* y otra *revolucionaria*, que recuerdan mucho lo que Kuhn calificara en su texto de 1962 como *ciencia normal* y *cambio de paradigma* al abordar la estructura de las revoluciones científicas. Habla el cubano:

“La historia de las ideas conoce dos tipos de épocas intelectuales: las revolucionarias y las evolutivas. Las épocas revolucionarias derriban los monumentos del pasado y sobre nuevas bases construyen un mundo abigarrado e imponente, pero sin una estructura orgánica y acabada. Las épocas evolutivas que suceden a las revolucionarias ordenan sistemáticamente las ideas heterogéneas de la etapa anterior dándoles unidad y armonía.”

Y más adelante:

“[...] nos encontramos en el centro de una época revolucionaria. El advenimiento de las geometrías no euclidianas en el campo de las matemáticas; la teoría de la relatividad y la de los cuantos en el terreno de la física; la teoría *gestaltista* en psicología y en otras disciplinas; la aparición del historicismo en la extensa esfera de las ciencias culturales, representan una revolución completa en los dominios de la ciencia.”

Sorprende aún más el recurso a la psicología de la *Gestalt*; en Kuhn es constante y solo se ve superado por las reiteradas alusiones al campo de la física. Este último es también el terreno favorito de Máximo Castro cuando se trata de esclarecer los fundamentos epistemológicos de las ciencias.

En resumen, tanto por el dominio y apropiación de toda la herencia filosófica anterior como por la trascendencia, nivel de estructuración y solidez de un pensamiento propio, Máximo Castro Turbiano es —y seguirá siendo— el buque insignia de la filosofía cubana, es decir, de aquello que fue extirpado por la letal combinación de marxismo y positivismo.